

Lic. Luis Balaña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata).

*Director y editor responsable:* P. Dr. Alberto Espezel

*Secretaria de redacción:* Prof. Cristina Corti Maderna

# COMMUNIO

- 5 Las edades de la vida
- Julia Alessi de Nicolini* 6 Los doce años
- Carlos Hoevel* 9 El joven
- Luis Balaña* 27 La crisis de la mitad de la vida
- Lucía Piossek Prebisch* 34 La vejez
- Erich Kock* 41 El filósofo ante la muerte. Llegamos adonde partimos.  
In memoriam Josef Pieper.
- Carlos Schickendantz* 50 Muerte, purificación escatológica e integración del hombre.  
Una contribución de Karl Rahner.
- Carlos Valiente Noailles* 60 Reflexiones en torno al ciclo vital de los bosquimanos
- Santiago Kovadloff* 82 Caín doliente
- Alberto Lago Freire* 90 La entraña del cristianismo, de Olegario González de Cardedal

---

# La entraña del cristianismo

## de Olegario González de Cardedal

*por Alberto Lago Freire\**

La teología será siempre un auténtico ministerio si lleva y transparenta, en su discurso, un cristianismo vivo que remite a las *entrañas* del amor de Dios manifestadas en Cristo. Su sagrado servicio no consiste tan sólo en instruir acerca del *mysterium salutis*, sino también y sobre todo en confesarlo, por ser *fuerza de Dios para la salvación de todos los que creen* (Rom. 1,16).

Una teología así que muestre, parafraseando a Balthasar, estar más *arrodillada que sentada*, constituye sin duda una bendición. Y esta bendición se experimenta al leer el reciente libro, *La entraña del cristianismo*, de Olegario González de Cardenal. Obra extensa de cuerpo pero aún más densa de pensamiento docto y testimonial. Y que conviene leer, mejor estudiar y meditar, con la lentitud rumiante de un buey, para gustar a fondo cuanto ofrece esa bien cultivada dehesa teológica. La publicación, es otro logrado resultado de esa

\* *Profesor de Historia de la Civilización y de Historia del Pensamiento Argentino.*

tarea que el autor sin duda asumió y que a su vez propone a todo hombre: *poner en juego todos los recursos humanos de la reflexión, de la memoria, de la imaginación, de la narración, del canto, del llanto, del amor, de la poesía y de la acción. Y cuando un hombre vive así, Dios le aparecerá como la Luz de su alma, más interior a sí que él mismo, más vivificadora que su propia vida* (p.339).

No es de extrañar entonces que movilice y armonice, a favor de su tema, múltiples disciplinas y no sólo aquellas que están más estrechamente vinculadas con el depósito de la fe. De esta suerte el discurso, expuesto como siempre con gran belleza estilística, asocia en su sentido más amplio el pensar (*denken*) y el poetizar (*dichten*) como le hubiera gustado decir a Heidegger.

González de Cardedal, en esta nueva obra, hace un gratificante giro teológico: sin marginar la esencia del cristianismo (*pregunta típicamente moderna*) rota hacia su mejor raíz. A partir de aquí y con buen ritmo sinfónico va mostrando aquello que está en el tuétano de la fe: que Jesús es *quien revela las entrañas de Dios... El Hijo nos irá haciendo "exégesis" del Padre para que nosotros le conozcamos como él le conoce con aquel mudo saber del niño acogido en el regazo de la madre, que levanta sus ojos al rostro de ella y recogido en ella se acoge e interpreta a sí mismo* (p.75) .

Como los matices en la traducción escriturística *pueden condicionar toda una actitud religiosa primero y orientar la teología después* (p.50), el P.Olegario expone, con demorada estancia reflexiva (Cap. IV de la Introducción), la rica urdimbre lingüística, espiritual y bíblica de los vocablos vísceras, entrañas. Y así logra situarnos ante el Dios de la ternura, fidelidad y misericordia; *un poder que se hace solidaridad y una misericordia que se hace perdón.* (pp.56-57).

No poca teología se abrió a otras orientaciones al no tener en cuenta que el cristianismo es una *cuestión de entrañas y de ganas; no sólo de ideas y de razones.* El teólogo salmantino considera que *la historia moderna de Occidente ha cometido el error de concentrar la atención del hombre en los órdenes morales, psicológicos y sociales. En consecuen-*

*cia ha percibido la vida humana y la relación con Dios sobre todo como quehacer moral, ruptura moral o reconstrucción moral. El pecado ha sido la categoría determinante de la relación con Dios en un sentido y el cristianismo se ha comprendido como propuesta de redención en cuanto perdón, superación o anulación del pecado. (p.3) Y dentro de esta perspectiva se explica que la historia de la salvación no se haya pensado, sentido y expresado desde aquello que constituye el meollo de la cristología de Lucas : que Jesús aparece como el revelador de las entrañas de Yahvé y consiguientemente como el portador de su misericordia.(p.6l)*

Lo decisivo del cristianismo está en esto último; es la raíz originaria de la fe. En lo originario siempre se encuentran las simas más profundas de sentido. A poco de incursionar en la etimología de la palabra *origen* pronto nos vemos llevados a su rico tejido significativo y afectivo. Origo, originis, derivado del griego orô, quiere decir nacimiento, linaje, fuente, raíz, principio, pero también es indicativo de aquello que da la primera fuerza impulsora. Salirse de la corriente originaria, no sólo es perder los fueros, desnaturalizarse, también es privarse del vigor que sostiene e impulsa la propia identidad. Sentirse fuera de la verdadera sede es doloroso pues es como haber desertado (*de-sedere*, abandonar la sede). Recuperar lo originario implica volver a estar en lo que identifica; ser restituidos a la estirpe, a la raíz o cepa. También recibir nuevamente la energía perdida. Quien es fiel a los comienzos, tendrá siempre las *promesas de bendición*. La infidelidad a los orígenes lleva en cambio a la indigencia. No es casual que en las Sagradas Escrituras se reiteren expresiones tales como "*en el principio*"; "*desde el comienzo*"; "*esto fue el origen*"(v. Gn.1,1; Jn.1,1; Mt. 19,4; Mc.10.6). Empezar camino hacia los orígenes de la fe supone por lo tanto tener un encuentro con el amor entrañable de Aquel que es manantial, destino y fuerza de nuestra vida.

Dentro de esta economía de lo visceralmente originario, se encuentra una de las claves principales de la obra que nos ocupa: Dios *mira en primer lugar a nuestro ser de hijos salido de sus entrañas y fruto de su amor; en segundo lugar se compadece de nuestra pobreza y tiene misericordia de nuestra debilidad; en tercer lugar nos ofre-*

*ce perdón de nuestros pecados. Este es el orden en que hay que pensar de Dios: ternura, misericordia y compasión. (pp.47-48, subrayado nuestro).*

Vale la pena hacer una estancia meditativa sobre esta primera mirada de Dios dirigida a nuestro ser, pues conlleva la ininterrumpida insistencia amorosa del Padre creador acerca de la bondad de todo lo que Él ha creado. Bondad tan repetida en el libro del Génesis (*Y vió Dios...*) y exaltada con el adverbio *muy* al mirar Dios todo lo que había hecho luego de crear al hombre (Gn.1,31).

Efecto de su Amor es sostener a las creaturas en su ser para que alcancen su finalidad. La bondad de lo creado persiste a pesar de la caída originaria de la criatura humana, pues el pecado introduce una deficiencia, un afeamiento existencial, pero no extingue la bondad del ser. Es significativo que Dios no sólo bendijo el séptimo día y lo consagró (Gn.2,3), sino que también puso en un *jardín* al hombre que había formado (Gn.2,8), con lo cual cosmos en el mejor sentido del vocablo no sólo es *orden* sino además *adorno*, gracia estética y por tanto objeto de admiración contemplativa. Dios no desprende la *belleza* de la *bondad* del ser como si fuese un artista distraído. Estética, verdad y bien se corresponden. Más todavía: cuando los primeros padres pecaron Dios buscó al hombre, *paseándose por el jardín a la hora en que sopla la brisa* (Gn.3,8) lo que es indicativo del frecuente deleite divino de andar contemplativo por su obra. De manera que la mirada del Padre creador, por entrañable, es de suyo primeramente celebrativa de cuanto ha creado. Dios es el primer poeta celebrante de su propia obra. Los mortales bardos imperiales que vinieron después no son más que cajas de resonancia del lirismo divino: *Voy a cantar en nombre de mi amigo/el canto de mi amado a su viña* (Is. 5,1)

Las entrañas amorosas de Dios desbordan pues en salmos de alegría, al contemplar y celebrar la verdad, bondad y belleza originarias de su creación.. De ahí que frente a las caídas de sus hijos tenga siempre un amor "impaciente". Tan impaciente que se adelantó para que regresen cuanto antes a su viña enviando al Hijo eterno de sus entrañas para que asumiendo nuestra humanidad, a

excepción del pecado, no sólo sea compañero de nuestro dolor sino, sobre todo, el camino y la vida del retorno salvador. *La debilidad, la alienación, la injusticia y el desamor no han tomado la iniciativa en la súplica. Ha sido Dios mismo el que ha iniciado el camino de la unión....Al hombre soberbio, movido por la envidia, ha respondido el Dios del cielo haciéndose de la tierra (=humilde) (p.65l)*

La misma palabra *misericordia* remite a las entrañas del amor divino. *Miseret* en latín es tener compasión y *cordis*, de *cor*, es tener afecto. *Miseri-cordis*: un corazón compasivo. En el afecto entrañable está no sólo la oferta del perdón, se encuentra también el participar *en el sufrir* del que ha caído porque es el amor originario de Dios el que se dona a quien, a pesar de todo, sigue estando en sus entrañas de Padre. Dios se con-duele de sus hijos caídos. En Cristo, consiente en ser *homo patiens*, sin dejar de ser Dios, para liberarnos no sólo de todas nuestras cruces del pecado; cruces que el Enviado asume en la suya, sino también para reiterar la epifanía de su amor originario por el cual fuimos creados. Para que seamos en Jesús ese 'hombre nuevo' del que habla San Pablo (Ef.4,24;Col.3,10) y que no es otro que el que *se encuentra ya en el plan precósmico de Dios, el Padre "nos ha elegido en él antes de la creación del mundo...eligiéndonos para ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo"* (Ef. 1,4s) ( Cf. Hans Urs von Balthasar *Si no os hacéis como este niño...* Herder 1989, p.5l).

Bien se comprende pues que Dios no retira su amor al hombre pecador. Por el contrario, anhela siempre volver a ver al que, aún estando lejos de Él, *sigue en el regazo rezagado, porque sigue siendo su lugar de origen y será siempre su lugar de retorno. Así es el amor de entrañas, que Dios tiene para con el hombre. Así son las entrañas de Jesús (p.70)*. Espera siempre al pecador como al hijo pródigo del Evangelio. Y si el hombre caído no accede volver al lar para ser tiernamente abrazado por el Padre, la arrogancia lo podrá encerrar definitivamente dentro de su yo. En un autismo total. En otras palabras, no tendrá otro destino mas que amarse a si mismo. Gustavo Thibon, en sagaz aforismo, expresó que el infierno consiste precisamente en esto: quedar condenado a no amarse mas que a sí mismo.

En el ámbito de lo entrañable, de lo cordial, es donde siem-

pre se experimenta la fuerza y el calor de la sangre. Y donde hasta el propio lenguaje toma sus mejores jugos. El amor, la alegría, la salvación, el sufrir, la esperanza, la solidaridad, el buen ánimo, la fidelidad, el perdón y así parecidamente, remiten siempre a lo visceralmente vivido. Hasta el grave diccionario reúne esas experiencias vitales como figuras del corazón, pues es esta víscera la que las alberga. En ella está el *enraizamiento* de lo existencial. El corazón por ser lo central o interior de la persona es el que *sabe* de lo entrañable. Este saber son sus razones, esas que según dictamen de Pascal la razón desconoce. En ellas se funda el *espíritu de finura* distinto del *espíritu de geometría* cartesiano.

Tener *buen corazón* es lo mismo que tener *buena entraña*.

Lo entrañable es también lo que *con-juga*; lo que une, enlaza, religa al *yugo* de lo verdadero, bueno y bello. Toda verdadera inteligencia y sensibilidad se ven arrastradas a conocer y sentir el dinamismo de esta trilogía conjugada. Más aún cuando procede de la oferente magnanimidad divina. Pero también a *reconocerla, amarla y servirla*. No se puede estar en la verdad, el bien y la belleza de la fe, auditada y acogida libremente, sin experimentar el peso de su armonía, sus pulsaciones y sus exigencias. Y esta audición y acogimiento son también celebrativos (reconocer, amar y servir es ante todo un agasajo). Se loa a Quien autodona su propia vida que es, esencial y existencialmente, amor. Porque Él mismo nos celebra en su Hijo. Es el salto al límite que da San Juan, recuerda González de Cardedal: *Dios no es sólo Dios del amor, sino que Dios es amor. La fórmula no es una afirmación metafísica sino un testimonio histórico y una confesión de fe... Lo que tenemos en la existencia de Cristo es, por tanto, no sólo un hecho interno de la historia humana sino sobre todo una revelación de la entraña divina.* (p.651)

Y esta revelación de las entrañas de Dios en Jesús comenzó en el seno virgen de una mujer que respondió al anuncio: *Ecce ancilla Domini*. Jesús no vino a nuestra historia como un adulto que tenía prisa. Al acceder libremente a compartir nuestra naturaleza de seres creados, acepta asumir todo el lento proceso de la vida humana a partir del instante mismo de la concepción por obra del Es-

píritu. °Las entrañas divinas viniendo a las entrañas de una mujer, al seno de una "santa sin mancilla"!

Llegó Dios, en Jesús, como un recién nacido, pobre y en un establo. Toda concepción y nacimiento constituyen un encuentro óptimo con la ternura. Dios no se privó de ese encuentro a través de la encarnación del redentor. Vino bien a nosotros: desde el virgen vientre de una mujer, primera cuna toda ella tapizada de vida para dar cobijo a la Vida. Nacido de María supo de sus tiernas caricias y sonrisas; se alimentó de la leche de sus pechos. José también prodigó sus afectos desde sus humildes segundos planos. Y luego llegaron presurosos al aprisco unos pastores por haber recibido el anuncio de lo Alto. Y el cielo, al decir de un poeta, cantó el primer villancico: *Gloria a Dios en las alturas..*

Y de aquí en más ese niño, como hijo temporal, estaba abierto a las enseñanzas de esa madre sobre lo que *ella había aprendido previamente del Espíritu Santo como hija de Dios* (Cf. Balthasar, ob.ct. p.88).

Cuánto ambiente de ternura divina y humana en misterioso maridaje había allí en la rústica cueva; gruta que fue el sitio del *madrecito*, para servirme de un bello neologismo de Unamuno. Cuanto abrigo, pertenencia, protección y ternura hay en esas fluidas escenas en las que Lucas se demoró en describirnos. Y, a su tiempo, también lo fue registrando el arte. En los lienzos recreó escenas del Acontecimiento. Permítasenos elegir ahora, por decididor y conmovedor, la *Adoración de los pastores* de Mantegna. Su pincel se esmeró por destacar el dulcísimo rostro de María en contraste con las asombradas y rudas fisonomías de los que cuidaban los rebaños; tan rústicos y pobretones los presentó Mantegna que puso empeño en mostrarlos con sus raídas vestimentas llenas de agujeros y remiendos. Frente a María y al Niño, en tanto José dormitaba, esos hombres, despreciados por la sociedad de entonces, parecen no entender nada; como si hubieran venido a curiosar. Sin embargo la mano del pintor los mostró humildes, boquiabiertos y arrodillados, porque había sido introducidos allí, en el misterio, por el Cielo. Re-

cibieron del Espíritu las gracias gratis. Y así, llamados a ser testigos, se los ungió teólogos en el sentido más profundo y primerísimo del vocablo: vieron el Acontecimiento que se les anunció y lo transmitieron alborozados. Gustaron en ese momento de la mejor sabiduría, la que les vino del Cielo y la que tuvieron visualmente.

No podemos entrar aquí en todo cuanto convoca esta pedagogía que nos viene desde aquel establo en que estuvo el Niño-Dios. Excedería los propósitos de este escrito, ya que además habría que tener en cuenta la espléndida exégesis (un verdadero poema de las significaciones) que hace Cardedal acerca de lo que debe entenderse por *entrañas*. Quede el tema para otra ocasión.

Sólo añadimos que una teología que no aspire a hacerse *niña y pobre* en el sentido más profundo del Evangelio, será una pobre teología. Por eso tengamos cercana a nuestra mano *La entraña del cristianismo* que se hizo (estamos convencido de ello) ancillarmente arrodillada y tierna. Tengámosla como pedía Papini tener los buenos libros: *para volver a ellos en las semanas de sequedad*.

## COMMUNIO

### NUMEROS DISPONIBLES

**1994** LA VIDA ETERNA - EL ACTO LITURGICO  
MORAL, CONCIENCIA Y DERECHO - EL PECADO ORIGINAL

**1995** DIOS LOS CREO VARON Y MUJER - SALVAR LA RAZON  
LA FE - LA JUVENTUD Y EL SENTIDO DE LA VIDA

**1996** ESPIRITUALIDAD CRISTIANA - MEDIOS DE COMUNICACION  
LA ESPERANZA - ECONOMIA Y BIEN COMUN

**1997** EL DOLOR - JESUCRISTO - LA CIUDAD - LA CARIDAD

**1998** CREACION Y ECOLOGIA - EL ESPIRITU SANTO  
EL SENTIDO DEL TRABAJO - LAS EDADES DE LA VIDA